

*La
Guillotina
Simone Van
der Vlugt*



GRAN
ANGULAR

La guillotina

SIMONE VAN DER VLUGT



Primera edición: agosto de 2001
Decimonovena edición: mayo de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Javier Jaén

Título original: *De guillotine*
Traducción del neerlandés: Christel A. Coolen

© Lemniscaat b.v. Rotterdam, 1999

© Ediciones SM, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9346-4

Depósito legal: M-4789-2017

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PARTE PRIMERA

1789

En algún lugar, no muy lejos de la calle de Faubourg Saint-Antoine, se escucha un tumulto. Sandrine de Billancourt asoma la cabeza por la ventanilla del carruaje y contempla la muchedumbre inquieta. Julie, su doncella, está preocupada. Incorporándose, observa la calle.

–Oh, no, una revuelta –dice.

Sandrine siente curiosidad y sigue mirando. Los rumores acerca de los disturbios en París habían llegado incluso hasta el interior de los sólidos muros de su colegio, donde la acaban de recoger. El colegio de monjas está en el Marais, un barrio antes acomodado, pero ahora popular y turbulento.

–No se asome tanto, mademoiselle. No deberíamos llamar la atención –insiste Julie.

Sandrine retira la cabeza.

–No nos harán daño, ¿verdad?

–No estoy tan segura, hoy en día todo es posible.

–Entonces, dile a Bernard que dé la vuelta –sugiere Sandrine.

Con cuidado, Julie saca la cabeza por la ventanilla.

–¡Bernard, da la vuelta! –grita.

Sandrine oye que el cochero le contesta algo, pero no entiende lo que dice. El carruaje empieza a dar la vuelta. A lo lejos se oyen gritos.

Sandrine observa cómo Bernard grita a los caballos. Los animales están agitados y retroceden un poco. El látigo cimbreo en el aire, el carruaje se zarandea.

–¿Pero qué hace este hombre? –pregunta Julie inquieta.

–Supongo que es imposible dar la vuelta sin maniobrar –comenta Sandrine.

Tras moverse hacia delante y luego hacia atrás, por fin avanzan.

–Gracias a Dios –murmura Julie.

Cuando solo habían avanzado unos pocos metros, de pronto el carruaje se detiene. Sandrine está a punto de preguntar qué está pasando, cuando Bernard abre la portezuela.

–También están al otro lado de la calle, mademoiselle. Estamos rodeados.

Sandrine respira hondo.

–No deberíamos haber venido al Marais –se lamenta Julie como si ella tuviera la culpa de lo que ocurre.

–Pues qué remedio si el colegio está allí –contesta Sandrine.

–Quiero decir que deberíamos haber escogido una ruta alternativa –contesta Julie.

–Con permiso, mademoiselle, tenemos que actuar rápidamente –apremia Bernard.

–¿No podemos seguir hacia delante, como si nada? –pregunta Sandrine–. Supongo que se apartarán.

–No estoy tan seguro, mademoiselle. Normalmente sí, pero esto parece una revuelta.

Sandrine echa una mirada a una callejuela estrecha.

–¿Cabríamos por allí?

Bernard sigue la mirada. Su rostro refleja dudas.

–Inténtalo –insiste Sandrine–. Tampoco tenemos mucho donde elegir.

Bernard cierra la portezuela y se sienta en el pescante. Grita, los caballos relinchan y se ponen en marcha. El carruaje da media vuelta. Se dirigen a la travesía. En el momento en que el espacio reducido de la callejuela se traga el carruaje, Sandrine ya sabe que no podrá pasar. Abre las cortinas estrepitosamente y ve cómo las paredes se acercan.

Preocupada, Julie dice que lo que están haciendo no sirve para nada.

Casi enseguida, el carruaje se detiene.

–Es imposible, mademoiselle Sandrine –suena la voz de Bernard.

–Vamos hacia atrás –contesta Sandrine.

Bernard lo intenta, pero los caballos se han puesto nerviosos y no entienden que tienen que retroceder.

Los gritos de la alborotada multitud se oyen cada vez más cerca.

–Tardamos demasiado –dice Julie nerviosa–. Tenemos que salir de aquí antes de que nos acorralen.

Su preocupación es contagiosa.

–¿De verdad crees que van a atacar nuestro carruaje? –pregunta Sandrine con mayor inquietud.

–No lo sé, mademoiselle.

Sandrine y Julie cruzan una mirada.

–¡Entonces salgamos!

–¡Mademoiselle!

–Julie, tú misma acabas de decir que tenemos que salir lo antes posible.

–Sí, ¿pero cómo? No puede salir así a la calle.

–Quizá, si no llamáramos tanto la atención... –dice Sandrine, comparando el sencillo vestido gris de su doncella con el suyo de brocado.

–Ayúdame, Julie.

Sandrine se incorpora un poco y, haciendo un esfuerzo, logra quitarse su falda de amplio vuelo. Se quita los zapatos y deshace su peinado. Sandrine mira su enagua. Aún demasiado delicada, pero qué remedio. Arranca el borde de encaje.

–¡Mademoiselle Sandrine!

Bernard intenta meterse entre la pared y la portezuela, pero su barriga se lo impide.

Sandrine abre la portezuela y se apea del coche. Desconcertado, el cochero observa su aspecto andrajoso.

–Salgamos –indica Sandrine.

–Mademoiselle, eso es imposible. Usted llama demasiado la atención.

–¿Y en el carruaje no? Dame tu abrigo, Julie.

Sin decir palabra, Julie obedece. Sandrine se echa el abrigo oscuro sobre los hombros y se dirige a Bernard, que no cesa en su intento desesperado de pasar al lado del carruaje.

–Intenta llegar a casa, Bernard. Y avisa a mi padre.

Se da la vuelta y se dirige a la calle de Faubourg Saint-Antoine a través del oscuro callejón. Julie la sigue muy de cerca. Se unen a un grupo de personas. Sus gritos resuenan en las paredes de las casas altas.

–¡Queremos comer! –gritan múltiples gargantas roncas.

–¡Denos pan!

Sandrine mira a su alrededor y le invade el miedo. Rostros desencajados junto al suyo. Le gritan al oído, el aliento apesta a ajo y cebollas. Julie no le suelta la mano. De vez en cuando tropiezan,

se manchan de lodo. Con una mano embarrada, Sandrine aparta un mechón de pelo de su cara; al oír gritos mira atrás. La gente se concentra ahora en el carruaje atascado en la travesía. El techo ya está repleto de golfillos.

Sandrine se tropieza con un hombre. La empuja bruscamente, y se cae. Tarda un poco en darse cuenta de que echa en falta la mano de Julie.

Agitada, escruta las caras a su alrededor. Se pone de puntillas y casi la derriban. A su alrededor solo hay un mar de gorras, gorros y cabellos grasientos. Sandrine da vuelta tras vuelta.

Julie ya no está.

El pánico dispara los latidos de su corazón. Abre la boca para llamar a Julie, pero cambia de idea. Sin parar de mirar a su alrededor, se deja llevar por la muchedumbre por la calle de Faubourg Saint-Antoine.

Sandrine apenas se atreve a mirar las caras tan cerca de la suya. Cada vez que alguien abre la boca para gritar, apesta a ajo. A escondidas observa a una mujer, que marcha a su lado puño en alto. Su rostro, bajo el gorro descolorido, es pálido. La toquilla gruesa que lleva en los hombros apesta.

La mujer mira a Sandrine a los ojos. Su cara muestra asombro. Insegura, Sandrine devuelve la mirada y después se cuela entre las robustas espaldas de dos hombres.

—¡Eh! —grita la mujer.

Sandrine se abre paso a codazos. Mira hacia atrás por encima de su hombro. Parece que no la sigue. Intenta no apartar su mirada de la espalda que tiene delante y aparta el pelo con una mano.

Por el rabillo del ojo mira a su alrededor. Miradas curiosas, cejas fruncidas en señal de desconfianza...

Avanza rápidamente, haciendo caso omiso a los puñetazos y maldiciones.

Unos pasos más adelante, una mujer pierde su gorro. Rápidamente, Sandrine intenta hacerse con él y lo recoge antes de que sea pisoteado.

Se coloca el gorro maloliente y mugriento, tapándose la cara. No suelta el abrigo de Julie. Unos muchachos armados con grandes piedras la empujan y la adelantan. Mujeres con miradas furiosas empuñan hachas y palos puntiagudos. Sandrine sigue buscando a Julie.

–¡Anda, muchacha, vamos!

Un empujón en su espalda. Casi se cae; se agarra a un jirón de una camisa delante de ella. La tela se desgarró, pero el hombre alto y rubio a quien pertenece ni siquiera se da cuenta.

–¡Allí, al lado de la panadería! –grita.

Inmediatamente, el grupo alborotado gira hacia la tienda.

–¡Adelante, vaciad el local! –grita el hombre alto. Se agacha y poco después una piedra atraviesa la ventana del establecimiento. Era la señal que estaban esperando. Llueven piedras. Entre tanto griterío, Sandrine se encuentra desamparada. La empujan de un lado para otro y, por mucho que lo intenta, no logra zafarse de la muchedumbre. A su lado, la gente la contempla con desdén. Una mujer la escruta de arriba abajo. Sandrine se agacha y coge una piedra del adoquinado ya suelto. Al azar, la lanza hacia la tahona.

El hombre alto entra seguido por muchos otros. Arrastran sacos llenos de harina hacia la calle. Chillando, la gente se abalanza sobre ellos. Desgarran los sacos y con las manos llenan sus gorros y delantales de harina. La harina se dispersa por el aire; enseguida toda la calle se cubre de harina. Sandrine es la única que no forcejea por llegar a uno de los sacos. Horrorizada, observa que dos mujeres se meten los dedos en los ojos para llegar primero.

Un hombre derriba a otro; los demás se suben encima de él para poder hurgar en el saco de harina. Los gemidos ahogados del hombre caído se van extinguiendo.

Sandrine ve a una mujer totalmente emblanquecida por la harina, tanto su cara como sus vestidos están embadurnados. Los sacos quedan casi vacíos. Mujeres y niños están de rodillas sobre los adoquines para poder coger tanta harina como les sea posible. Sandrine sigue su ejemplo. Hace acopio de harina en su falda y pasa sus manos sucias sobre su abrigo y su cara.

Una calle más arriba, la gente desvalija una armería.

Chillando, la multitud corre por la calle de Faubourg Saint-Antoine, blanca de harina y armada. Más adelante los aguardan los soldados de la Guardia Real. Los rebeldes los saludan con gritos y una lluvia de piedras. Agitada, Sandrine mira a su alrededor. Estallan tiros de escopeta y un oficial cae herido de su caballo.

De repente, el miedo paraliza a la muchedumbre. Tanto los oficiales como los soldados, que al principio habían retrocedido al encontrarse con la cólera del pueblo, han alzado sus sables. Los

oficiales a caballo atacan, seguidos por los soldados. Suena un grito de espanto. Ahora todos intentan salvar el pellejo. El grupo se desbarata entre empujones. Sandrine cae. Rápidamente se levanta, pero enseguida se tropieza de nuevo con el cuerpo de una mujer. Temblando, intenta levantarse. Su falda esta manchada de sangre.

Y entonces ve a Julie.

Allí está, justo en este momento atraviesa la calle, cabizbaja y con los hombros encogidos. Sandrine reconoce su manera de andar rápida y decidida.

–¡Julie! –grita–, ¡Julie!

Julie no la oye. Sandrine se arremanga la falda y empieza a correr. Choca con varias personas y vuelve a perder de vista a Julie.

–¡Julie!

A codazos se abre camino. Allí. Allí está Julie. Debe de haberla oído, porque ahora se detiene y parece estar buscando a alguien. Sandrine se lanza sobre su doncella y la coge del brazo.

–Julie –jadea sin aliento.

–¡Mademoiselle!

El alivio reflejado en el rostro de Julie es evidente. Al mismo tiempo no deja de mirar a los soldados de la Guardia Real, que siguen cabalgando lanza en ristre.

–Venga conmigo, rápido –la apremia Julie.

Se alejan corriendo.

–Por aquí –jadea Julie, arrastrando a Sandrine hacia una travesía. Una vez recuperado el aliento, Julie escruta a Sandrine.

–¿Se encuentra bien, mademoiselle? ¿No está herida? –Su mirada se posa en una gran mancha marrón en la falda de Sandrine–. ¿Qué es eso? ¿Sangre?

–No es mía –contesta Sandrine con un hilo de voz.

–Gracias a Dios. No sé cómo hemos salido vivas.

Julie se apoya en la pared y cierra los ojos. Sandrine no contesta. Observa el espectáculo que se desarrolla en la calle de Faubourg Saint-Antoine. Un grupo de hombres hace una barricada con enseres que sacan a la calle a toda prisa. Por todos lados aparecen barricadas. Vociferando, algunos tiran botellas y adoquines del pavimento hacia los soldados de la guardia. Las campanas tocan a rebato sin cesar. Se prende fuego a las barricadas y todo se llena de humo, gritos y llantos.

Una vez recuperado el aliento, Sandrine y Julie escapan a través de la callejuela.

–¿Sabes dónde estamos? –pregunta Sandrine.

–Sí, conozco el barrio –responde Julie–. Pero vamos a tardar por lo menos una hora en llegar a casa. Sus padres estarán muy preocupados. Mademoiselle, ¿qué sucede?

Antes de que se caiga, coge a Sandrine por el brazo.

–Aquí hay alguien –dice Sandrine, jadeando asustada.

–Es un niño –dice Julie.

Se arrodilla junto al pequeño cuerpo y observa al chico.

–Le conozco.

Sandrine también se arrodilla en el barro. La manga del niño está teñida de rojo y la pierna tiene un aspecto muy extraño. Cuando le toca la pierna, el niño grita.

–Tranquilo –le consuela Julie–. Te ayudaremos. ¿Nos puedes decir dónde vives?

Solo se oye un gemido como contestación. Sandrine se inclina sobre el muchacho hasta estar muy cerca de su cara.

–Bourgeois –es lo único que escucha.

Sandrine mira a Julie, interrogándola.

–Es la calle de Francs-Bourgeois. Antes vivía muy cerca de allí –y entonces pregunta al niño–: ¿Cómo te llamas?

–Pierre –susurra.

–Pierre, ¿y qué más?

–Lambertin...

–Pierre, Pierre Lambertin –repite Julie asombrada. Su voz suena sorprendida.

–¿Lo conoces? –quiere saber Sandrine.

–Conozco a sus padres –aclara Julie–. Te llevaremos a tu casa, Pierre, no te preocupes.

Cogen al niño por debajo de las axilas. Jadeando, se lo llevan con ellas al callejón.

–¿Dónde está la calle Bourgeois? –pregunta Sandrine. Su voz produce eco en el callejón. Eso la asusta.

–Muy cerca de aquí –contesta Julie.

Está anocheciendo, pero en el callejón ya reina la oscuridad. Al final de la calle oscila la tenue luz de una farola. El haz de luz es como un faro hacia el cual avanzan poco a poco. Pero justo antes de llegar a la farola, un tipo fuerte tapa la luz.

Sandrine se para de repente y retiene la respiración. Asustada, Julie levanta la mirada.

El hombre les cierra el paso. Su cara permanece escondida en la sombra.

Julie se adelanta, interponiéndose entre el hombre y Sandrine.

–Oh, monsieur, qué bien haberle visto –hace un esfuerzo para que su voz suene valiente–: Hemos encontrado a un niño herido. Su brazo pierde sangre y creemos que se ha roto una pierna.

Los ojos del hombre escrutan rápidamente al niño.

–Sé donde vive –dice Julie, reconfortada por el interés del hombre–, en la calle de Francs-Bourgeois.

El hombre asiente con la cabeza.

–Ya lo sé.

Sin mediar palabra, se hace cargo del niño. Como una autómatas, Julie sigue al hombre.

Sandrine mira el laberinto de calles delante de ella. Con desgana sigue a Julie.

Unas calles más adelante, el hombre se detiene frente a una zapatería y, girando la cabeza hacia Julie, dice:

–Llama a la puerta.

Julie obedece y utiliza su puño para golpear la puerta.

Dentro se oyen pasos apresurados. La puerta se entreabre y se asoma una mujer pálida.

–¿Quién es?

–Gaston –dice el hombre en tono seco–. Margot, abre. Tengo aquí a Pierre. Está herido.

Gritando del susto, la mujer abre la puerta del todo.

–¡Pierre!

Corre hacia su hijo y lo coge de los brazos de Gaston. Solo entonces observa la presencia de Julie y Sandrine. Su rostro muestra sorpresa.

–Hola, Margot –la saluda Julie.

–¡Julie!

–Hemos encontrado a Pierre. Ella es mademoiselle De Billancourt –presenta así a Sandrine.

Margot intenta hacer una reverencia con su hijo en brazos. De repente, Sandrine se siente avergonzada. Se dirige a Margot con una sonrisa rápida y reconfortante. Detrás de Margot aparece un hombre con barba de varios días. Él también observa a Julie con sorpresa.

–Maurice, Julie ha encontrado a Pierre –dice Margot–. Y, eh..., mademoiselle De Brancourt.

–De Billancourt –dice Julie.

–¡Oh!

–Me alegro de haber traído a su hijo –dice Sandrine rápidamente–. Espero que no sea nada grave.

–Gracias por su ayuda.

Maurice hace rápidamente una reverencia a Sandrine. Sus palabras son educadas, pero suenan como si le costara creer que haya podido hacer algo para salvar a Pierre.

Maurice se ocupa del niño y lo lleva adentro. Los demás le siguen. Entran en un local que sirve de taller de zapatería y tienda. Uno tras otro avanzan por un pasillo estrecho y oscuro hacia una salita. Después, acuestan a Pierre en un banco de madera cubierto con almohadones cerca de la chimenea.

Sandrine mira a su alrededor. En la sala solo hay lo imprescindible: una mesa con un mantel desteñido, un banco y unas sillas, un armario lleno de platos. En la repisa de la chimenea se ven algunos candelabros de estaño cuyas velas dispersan una luz oscilante.

–Siéntese aquí, madame –dice Maurice incómodo, apuntando a una silla en la esquina de la habitación.

Sandrine se sienta cuidadosamente en el borde de la silla. No corrige lo de «madame», aunque no sea correcto.

–Pierre –Margot se inclina sobre su hijo–, Pierre, hálame. ¿Te duele?

Sandrine observa la cara de Pierre, pálida como la muerte. Su brazo sigue sangrando y el niño ha perdido la conciencia.

Gaston estudia atentamente el brazo herido de Pierre.

–Parece un corte de sable. Hay que vendar esa herida inmediatamente, y la pierna tampoco tiene buen aspecto. Tiene que verle un médico.

Margot desaparece rápidamente. Vuelve con agua limpia y vendas. Julie la ayuda a limpiar y a vendar la herida.

Sentada y muy derecha en la silla, tal y como le enseñó su madre, Sandrine lo observa todo.

De vez en cuando, su mirada se cruza con la de Margot, pero cada vez que eso ocurre la mujer aparta su mirada, girando la cabeza hacia otro lado.

–¿Qué haces tú aquí? –Sandrine oye a Margot hablar con Julie sin levantar la voz.

–Venía de recoger a mademoiselle Sandrine del colegio, pero no pudimos continuar a causa del revuelo –replica Julie.

–¿Y a ella, a mademoiselle, no le hicieron nada? –Margot no se lo puede creer.

–Enseguida se quitó sus ropajes, se puso mi abrigo y se soltó el pelo. Pero creo que nos salvamos por la aparición de unos soldados de guardia. De repente todo el mundo tenía otras cosas de las que ocuparse.

–Y Pierre estaba allí en medio... ¿Cómo es posible que fueras tú quien le encontró?

–En realidad fue mademoiselle Sandrine quien le encontró.

–Pero fuiste tú quien le ha traído a casa.

–Margot, le hemos traído juntas.

Sandrine no se mueve en su silla, la espalda sigue recta. Actúa como si no oyera la conversación. De vez en cuando, Julie la mira como para disculparse.

Cansada, Sandrine se apoya en el respaldo de su silla. Siente que sobra en la habitación.

Mira a Gaston, que a su vez observa a Pierre con las cejas fruncidas.

–Intentaré encontrar un médico –dice.

Maurice le da una palmada en el hombro en señal de agradecimiento.

Gaston saluda tocándose la boina y sale inmediatamente. En la puerta tropieza con un chaval alto y moreno.

–¿Qué ha pasado?

Se abre camino hacia dentro, empujando a Gaston. Sus ojos pasan rápidamente por las caras que hay reunidas en la sala hasta detenerse en Pierre.

–¡Pierre! ¿Qué le ocurre?

–Le han herido durante la revuelta –explica Margot–. Tranquízate, ya sangra menos.

Mientras tanto, Pierre se ha despertado. El joven se inclina sobre él.

–¿Pierre?

–Tenían sables –suspira el niño–. De repente el brazo me dolía mucho. Me caí y un caballo me pisó la pierna.

–Tranquilo. Todo saldrá bien.

El joven desliza su mano por el pelo de Pierre. Se levanta y echa una mirada escrutadora a Julie y a Sandrine.

–Hola, Philippe –le saluda Julie–. ¿Qué tal estás?

–Julie, ¿qué haces tú aquí?

«No suena muy amable», piensa Sandrine.

–¡Philippe! –le advierte Margot, censurando el tono empleado por su hijo.

–Hemos encontrado a Pierre. Gaston nos ha echado una mano. Julie se dirige entonces a Sandrine.

–Esta es mademoiselle Sandrine de Billancourt. Hemos quedado atrapadas en la revuelta.

Ahora todos miran a Sandrine. Sandrine está incomoda, pero devuelve las miradas.

–Estamos muy contentos de que Pierre haya llegado a salvo a casa –dice Margot para romper el silencio tenso que reina en la habitación.

–Si está a salvo o no, no se sabe todavía –dice Philippe. Y, un poco más amable, le pregunta a Julie–: ¿Qué tal está tu madre?

–Bien. Ahora gano lo suficiente para poder cuidar de ella –contesta Julie.

–Pero no tendrás mucho tiempo para hacer visitas, ¿verdad?

–Philippe se dirige a Julie, pero mira a Sandrine.

Sandrine esquivo su mirada.

–Espero que Gaston encuentre un médico rápidamente –suspira Margot.

–¿Gaston ha ido a buscar un médico? –pregunta Philippe–. Pues ya se puede olvidar de encontrarlo. Todo el mundo necesita un médico.

Margot le mira desesperada.

–Yo también voy a buscar uno –advierte Maurice–. Y podéis estar seguros de que vuelvo con él, aunque le tenga que arrastrar de los pelos.

Sandrine mira sus anchos hombros y no duda de sus palabras. Margot tampoco; y, pálida, sonrío a su marido. Luego vuelve a mirar a Sandrine.

–Maurice, ¿podrías al mismo tiempo llevar a Julie y a...? –entonces duda.

–Sandrine –añade Sandrine rápidamente.

–¿... y a mademoiselle Sandrine a su casa?

–Eso le llevará mucho tiempo –dice Philippe–. Yo me ocuparé de ellas.

Y señala a Sandrine con tanta falta de respeto que, de nuevo, se quedan todos en silencio.

Maurice carraspea, Margot mira fijamente a su hijo.

–Gracias –dice Sandrine de forma tranquila.

Philippe asiente con la cabeza y, sin contestar, sale del salón.

Después de más agradecimientos por parte de los padres de Pierre, Sandrine y Julie cruzan el pasillo hacia el taller, donde Philippe las espera. Abre la puerta y salen a la calle. Hace frío comparado con el calor que hacía en el salón. La noche es muy oscura y Sandrine está nerviosa. Philippe camina a grandes pasos delante de ellas y tienen que darse prisa para poder alcanzarle.

Tras pasar por callejones oscuros y sucios, entran en calles amplias y cruzan algunas plazas. Caminan por la orilla del Sena hasta encontrar un puente que los lleva al otro lado del río. Finalmente llegan al barrio de Faubourg Saint-Germain.

Aliviada, Sandrine mira a Julie, pero en la oscuridad es imposible distinguir la cara de su doncella. Solamente escucha su voz, dando instrucciones a Philippe para indicarle el camino.

Al pasar por la elegante calle de Bac, Sandrine se detiene de pronto. Philippe contempla la fachada de la casa señorial con elegantes verjas forjadas delante de las ventanas.

–¿Es aquí? –pregunta.

–No, aquí vive el doctor Rigal –dice Sandrine.

La cara de Julie muestra una expresión de haber comprendido su intención.

–¿Usted cree que él...?

–Claro que sí, si se lo pido –dice Sandrine.

Julie golpea la puerta con el llamador. Esperan un momento, pero la casa permanece en silencio.

–A lo mejor le han llamado para una visita –opina Sandrine.

–Pero no al Marais –replica Philippe.

Julie vuelve a tocar el llamador.

–¿No pensaréis de verdad que un boticario de este barrio se dignará a visitar el nuestro? –dice Philippe con menosprecio.

Ni Sandrine ni Julie le contestan. Simplemente esperan. Sandrine coge el llamador y golpea la puerta con violencia.

Cuando están a punto de darse la vuelta, oyen unos pasos.

–Está en casa –dice Sandrine triunfante.

Acto seguido se da cuenta de lo absurdo de la situación: con tantos heridos en el Marais y en Faubourg Saint-Germain, los médicos duermen tranquilamente en sus camas calientes.

El propio doctor Rigal abre la puerta. Lleva gorro de dormir. Sin gafas no parece tan erudito y, medio dormido, observa por una rendija.

–Buenas noches, monsieur –saluda Sandrine–. Disculpe que le despertemos a una hora tan tardía, pero necesitamos su ayuda.

El médico le echa una mirada turbia.

–Soy Sandrine de Billancourt –le dice Sandrine para refrescar su memoria.

–¿Mademoiselle De Billancourt?

Al oír su nombre, el médico se despierta de golpe. Mira a Sandrine con asombro.

–¿Y qué hace usted a estas horas en la calle? ¿Le pasa algo a su padre o a su madre?

–No, doctor. Se trata de un niño pequeño. Le han herido durante la revuelta de esta tarde en el Marais. Ha perdido mucha sangre y creo que se ha roto una pierna.

–¿Un niño pequeño? ¿De quién se trata?

–Pierre Lambertin. Vive en la calle de Francs-Bourgeois.

–¿Francs-Bourgeois? Pero es en...

–Sí, en el Marais.

El médico mira fijamente a Sandrine. Está claro que no entiende cuál es la relación entre un niño del Marais y esta señorita de tan noble cuna.

–Este joven es Philippe Lambertin. Él le indicará el camino, doctor. Si nos permite entrar un momento y esperarle mientras se viste –dice Sandrine resuelta.

–Sí... pero... no sé...

Sandrine mira al doctor.

–No le supone ningún problema, ¿verdad doctor?

–No, no, por supuesto que no. Por favor, pasen. Voy a por mi maletín. Ahora mismo vuelvo.

Está claro que al médico no le apetece nada el encargo.

Sandrine y Julie cruzan una sonrisa.

–Cree que me ha mandado mi padre –susurra Sandrine.

Philippe la mira como si no se estuviera creyendo lo que está pasando. Pero no dice nada.

Un poco más tarde, el médico baja vestido y con su maletín negro en la mano.

—Anda —dice secamente a Philippe y a Sandrine—, primero la llevaremos a su casa.

Sin decir palabra, salen de la calle de Bac. Doblan una esquina, entran en la calle de Varenne y finalmente se paran delante de un alto muro con un portal de doble puerta de madera. Lejos del muro se ven los grandes ventanales y las ventanas de las mansardas de la casa señorial.

—Es aquí —dice Sandrine—. Puede mandar la factura a mi padre, doctor.

El médico asiente con la cabeza.

Sandrine mira a Philippe. La mira fijamente durante un instante. Después se da la vuelta y, a grandes zancadas, adelanta al médico.

Sandrine hace sonar la campanilla al lado de la puerta, hasta que Jules, el portero, sale de la caseta situada en el patio para abrirla.